

*El profesor, graduado en Oxford,
logró empleo...
como vendedor: era de origen indio.*

Una señora anciana. Los cabellos blancos. Un ligero vello en el mentón. Empequeñecida, vacilante, inválida. Camina, apoyada en su par de muletas, por las avenidas de Hyde Park, Londres. Es domingo. Como de costumbre, en este pequeño rincón del parque, cerca de Marble Arch, se organiza la famosa feria de la palabra: oradores improvisados hablan de todo lo habido y por haber ante centenares de mirones divertidos.

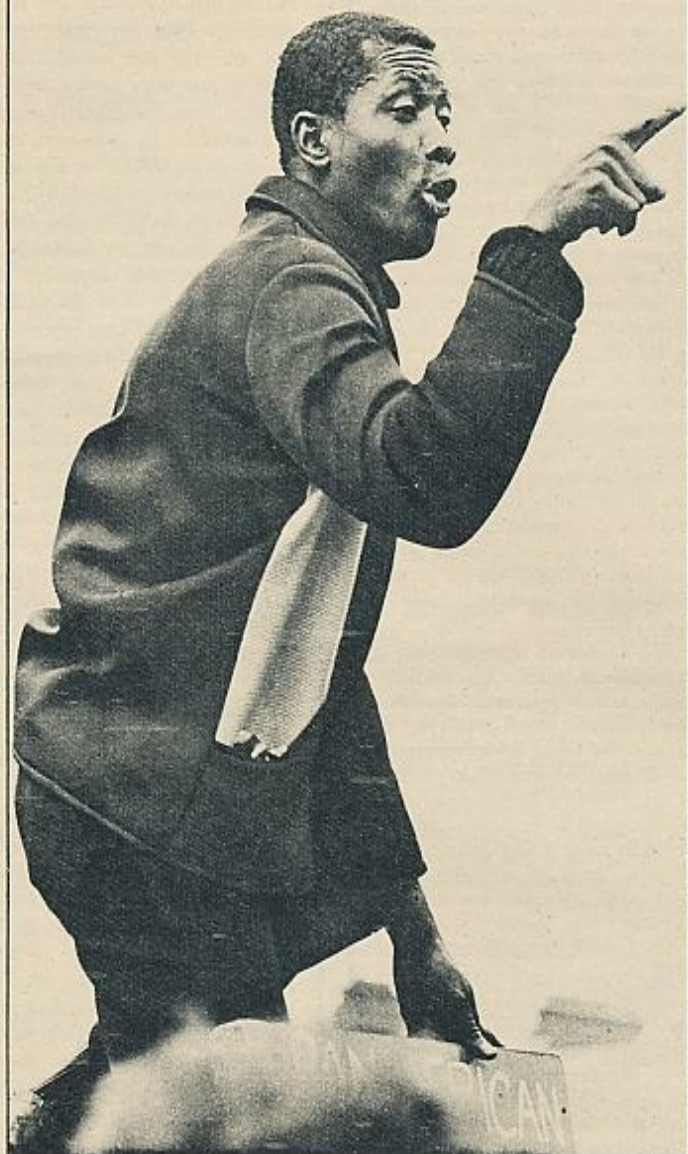
Hoy, sobre un estrado en que se ha entronizado un retrato gigante de «Che» Guevara, un falso cubano, la cabeza tocada por un casco, habla de la revolución de los trabajadores, se sacude un trago de ron y continúa su discurso. Pronto estará borracho. Sobre otro taburete, ante un retrato de Moshé Dayan, un hombre rubio, vestido con una camisa azul, clama que los árabes son unos asesinos. Un poco más allá, un pastor que blande la Biblia gritando que el mundo ha de perecer si este libro no se lee. A su lado, un chino lee en alta voz el «Libro Rojo» de Mao. Cuatro pingües damas, con anacrónicos sombreros, entonan cánticos. Un musculoso cuarentón explica que se ha casado cuatro veces, pero que no tiene intención de seguir en ese estado.

«Get away!»

Se oye decir que Cristo ha resucitado. Llega en moto un joven barbudo, en «short», y anuncia que las palabras de Jesucristo se hallan en sus labios. Más tarde, cansado de repetir su mensaje, lo escribe en el suelo, se sienta y calla. Alrededor, una multitud en mangas de camisa, vestidos ligeros, frescos, se relaja sobre el césped soleado y sorbe helados de vainilla. Muchachos que acarician a su pareja. La vieja señora sonríe embelesada. Reconoce su país, su pueblo.

De pronto, queda petrificada. Allá abajo, encaramado sobre un escabel, emergiendo sobre las cabezas compactas de un grupo de oyentes, un tipo británico critica la política de su país respecto a esos súbditos que son los «hombres de color»: negros, pakistaníes, antillanos, indios... Dice que la Gran Bretaña ha traicionado sus promesas. El imperio colonial había prometido la igualdad entre todos los súbditos británicos, fueran o no de color. Pasaportes británicos fueron expedidos a todos sin distinción, pero ahora concluye la explotación colonial, se cierran las fronteras a los hombres de color, y los que, por encima de todo, han logrado introducirse en la Gran Bretaña

LOS BASTARDOS DEL IMPERIO



son víctimas de discriminación racial.

El orador es un hombre de color. También la mitad de sus oyentes. La concurrencia sonríe, aplaude a menudo, contesta a veces. Entonces la vieja señora se indigna. Sus ojos lanzan llamas. A golpes de muleta, se abre paso hasta el estrado y comienza a gritar: «Get away, Black Power!» («¡Largo de aquí!...»). El orador no es exactamente un negro: un indio, más bien. Pero para la vieja dama, como para infinidad de británicos, «Black» es el color de todos los que no son blancos. Y es también el color del diablo y de la muerte, el color del mal...

«Get away!», grita, esgrime sus muletas, pone sus manos a guisa de trompeta, simula trompetazos con la boca, y grita ahora con más fuerza: «¡Largo de aquí!». Algunos británicos blancos sonríen en torno a ella, la acompañan, la conducen suavemente hacia el estrado, donde, sin embargo, no ha de llegar. Se siente desgraciada. No reconoce a su país, a su pueblo. Y no es la única. Muchos británicos se encuentran poseídos por el mismo furor.

Todo el mundo sabe que la Gran Bretaña es una isla. Y también que es el país de la democracia, de la tolerancia, del más estricto respeto a los Derechos del Hombre. Y que es un imperio sobre el que el sol no se ponía jamás. Hoy, el imperio se acabó. El Union Jack se ha arriado. El estatuto de la reina Victoria queda en los cuatro puntos cardinales de la tierra, pero los cuerpos expedicionarios y los funcionarios del imperio han regresado a la madre patria. El retorno a la isla se ha realizado a la vez que se daba al mundo entero una lección de descolonización dúctil, flexible. He aquí cómo centenas de millares de emigrantes de color, originarios de la Commonwealth, y por tanto súbditos británicos, han afluído a la Gran Bretaña en estos veinte últimos años, y que otros centenares de miles se aprestan a seguirlos. Lo cual provoca problemas cruciales y gritos muchas veces dramáticos.

En 1958, en Nothing Hill Gate, una larga avenida situada en el barrio Oeste de Londres, tuvieron lugar «tumultos raciales» de extrema violencia. Cuando las elecciones de 1964, un candidato conservador francamente racista derrotaba al candidato laborista Gordon Walker. En 1968, un curioso personaje llamado Enoch Powell, diputado conservador, pronunciaba en Birmingham un discurso explosivo —y racista— acerca de los peligros que representaba la entrada masiva en Gran Bretaña de súbditos británicos de color. Fue lanzado fuera del «gabinete fantasma» del

Con la afluencia de los descolonizados, la Gran Bretaña descubre el racismo.

partido conservador, pero continuó perteneciendo al partido. Hasta los últimos días de la campaña electoral, Enoch Powell guardó, como caballo de batalla, la baza consistente en cortar en absoluto la inmigración de las gentes de color. Sabía lo que hacía. Halagaba, simplemente, a la opinión pública en su universal sentimiento.

La inmigración masiva comenzó hacia 1950: de las Antillas, de la India, del Pakistán. Un censo realizado en 1966 establecía la existencia de 977.720 personas de color, nacidas en la Commonwealth, instaladas en la Gran Bretaña. Concretamente: 223.600 indios, 119.700 pakistaníes (sin tener en cuenta a los indios y pakistaníes blancos), 273.800 jamaicanos, etcétera. Hoy la cifra se eleva a 1.250.000, sobre todo en las grandes ciudades industriales, donde las posibilidades de empleo son mayores. Casi la mitad de entre ellos ha elegido, no obstante, Londres.

Cuando desembarcaban, apenas nadie se apercebía. Era un poco como París, Roma o Madrid durante el mes de agosto: hay «extranjeros» por todas partes. La mayoría conservó sus indumentarias tradicionales, pero aun aquellos que adoptaron el estilo europeo en el vestir son inmediatamente identificados por el color de su piel, por su acento, su lengua o sus costumbres. No hizo falta demasiado tiempo para comprobar que tales «extranjeros» no eran turistas llegados en busca de diversión, sino de trabajo. Y que están aquí por todo el año.

Barren los largos corredores del aeropuerto londinense, recogen los vasos y lavan la vajilla. Son —como en otras grandes ciudades los negros— basureros, excavadores, peones o mecánicos. Sirven hamburguesas en los «snacks». Una empresa comercializa los modelos reducidos de los famosos autobuses, grandes y rojos: juguetes extraordinariamente parecidos al original. Salvo en un detalle. En la ficción, el cobrador es un británico blanco. En la realidad, hoy, la casi totalidad de los cobradores de autobús son hombres de color. Es uno de los empleos peor retribuidos del país. Será necesario cambiar los juguetes.

Viven en grupos, por inmueble, por calle, por barrio. Un ejemplo: Hessel Street, en el East End de Londres. Se trata de una calleja de no más de una centena de metros de longitud. Catorce tiendas de ultramarinos, cuyos productos vienen de la India o del Pakistán. Una docena de carnicerías y mercados de aves, tres tiendas de telas, dos panaderías, una pescadería, dos barberías, una zapatería, un anti-

cuario; todos, incluso los vendedores ambulantes que pregonan sus frutos en medio de la calle, son inmigrantes. Todo: los nombres, el acento, el olor, los colores suaves y abigarrados, la piel, la andadura y la negra mirada de los chavales, que brilla, todo viene de allá abajo: el Oriente.

Pero Londres se encuentra al final de la calle. La roja levita y las botas negras de Johnny Walker and Sons Limited flamen en los frontispicios de las casas de ladrillo, y a su vera vuelve usted a saborear la cerveza inglesa.

Calles como Hessel Street, barrios como éste existen hoy un poco por toda la Gran Bretaña. No hay todavía «ghettos», como en América, pero ya comienzan y se van configurando. Calles enteras, pobladas por gentes de color en un porcentaje de cien. Una reciente investigación ha revelado que en Nothing Hill Gate la mitad de los habitantes son de color. En tres burgos londinenses se halló, en 1968, que el treinta o treinta y cinco por ciento de habitantes era de color; hoy la cifra rebasa el sesenta o sesenta y cinco por ciento. En Birmingham (82 kilómetros cuadrados), los hombres de color se han reagrupado en un área de unos tres o cuatro kilómetros cuadrados.

Comienzan por habitar un apartamento, una casa. Luego hacen que vengan sus familiares. Más tarde alojan amigos recién llegados. La casa se ha de encontrar muy pronto superhabitada. Poco a poco, se ocupa la casa vecina; después, la otra, y al final, toda la calle. Cocinan al estilo de su país, y los británicos sienten que apesta a demonios... Los habitantes blancos inician la huida del barrio: no es que esto sea todavía como en América, pero los ingleses ya lo empiezan a temer. Tienen ya miedo. Miedo a quedar sumergidos bajo la población no blanca.

Los problemas se plantean a nivel cotidiano: el empleo, la promoción profesional, el alojamiento, la educación de los niños, el sexo... Han aparecido este año pancartas e inscripciones bien significativas: «Niggers go home!», «Europeans only».

• EMPLEO.—Un ejemplo entre mil: un indio, graduado por la Universidad de Oxford, ha escrito quince cartas respondiendo a una oferta de empleo en calidad de profesor. No ha recibido respuesta alguna. Terminó por encontrar un puesto como vendedor en una tienda de ropa. Determinadas profesiones están vedadas a las personas de color: seguros, puestos de responsabilidad en los servicios públicos. Ciertas empresas y patronos tan sólo contratan a este tipo de gentes cuando el trabajo ha de mantenerles alejados de la vista del público: alcan-

tarillas, cocinas de restaurantes...

• PROMOCION PROFESIONAL. Resulta muy difícil. Los puestos de responsabilidad o autoridad les son inaccesibles: no existe un solo policía de color. En Euston, un negro ferroviario que mereció ser ascendido hubo de ser de nuevo degradado: los ferroviarios blancos no querían obedecerle. Y lo mismo ocurre respecto al alojamiento. Cuando una casa se pone a la venta, los vecinos la compran o alquilan a fin de evitar que gente de color se instale en ella.

• SEXO.—Los hombres de color pasan por tener una virilidad tan potente que las mamás británicas blancas tiemblan ante el temor de que la salud de sus hijas se resienta. Los matrimonios mixtos son objeto del público oprobio, y los «flirts» mixtos provocan auténticas batallas campales en los bailes.

Cada fin de semana, grupos de jóvenes se agrupan en pandas para ir a hacer lo que llaman «paki-bashings», es decir, «casar a los pakistaníes». Son jóvenes todavía llamados «Skin-Heads», porque llevan la cabeza rapada. Se dedican a la caza de pederastas, de «hippies» y, sobre todo, de hombres de color. A primera vista no pasan de ser unos «boy-scouts» un tanto turbulentos. Pero colocan hojas de afeitar en las punteras de sus botas para ganar en estas escaramuzas. Los más violentos, los quinceañeros. Hace pocos domingos, en una estación de Londres, cuando salían para una de sus expediciones punitivas, se les acercaron los «Bobbies» para recomendarles la calma. Se fueron. Pero «casaron» a los pakistaníes durante el «week-end». En una palabra: los encuentros y conflictos sociales han alcanzado tal nivel que ha sido necesario tomar ya medidas oficiales.

Dos problemas de mayor envergadura: el control de la inmigración y la integración de los inmigrantes.

Al principio, la inmigración era libre. El imperio había prometido: todo ciudadano de la Commonwealth tiene el derecho de circular libremente por los países que lo integran, libertad de ir y de venir, de instalarse, de volver a marchar. Bruscamente, en 1962, esto se acabó. Se establece un orden de prioridad para las peticiones de trabajo procedentes de ultramar. Desde ahora, hará falta un permiso de trabajo. Hay tres categorías de permiso, conforme a la naturaleza del trabajo. «A»: Trabajo cualificado, candidatos en posesión de una experiencia, graduados. «B»: Empleos necesarios para la buena marcha del país, pero no ocupados por blancos, industrias de

las «Midlands», sector terciario, hospitales. «C»: Empleos sin calificación. Pero se advierte a todas luces la insuficiencia de tales medidas, que no tienen lo bastante en cuenta la capacidad de absorción del país.

En agosto de 1965, un Libro Blanco refuerza estas medidas. Casi nadie se le opuso. Sondeo del «Financial Times»: 88 por 100 de británicos se muestran favorables de que la afluencia de emigrantes disminuya. Los tres grandes partidos políticos están, en este punto, absolutamente de acuerdo. En esta época se decide un «numerus clausus»: queda fijado el máximo oficial de ocho mil inmigrantes por año. En los años siguientes esta cifra bajará a cinco mil, poco más o menos. Pero los inmigrantes llegan con mujeres y niños. La cifra real de afluencia gira en torno a la cantidad anual de cincuenta mil. Y son prolíferos, como lo prueban las tasas de fertilidad que han sido publicadas. El mal crece.

Así las cosas, estalla el problema de los indios y pakistaníes de Kenya. Disfrutan de pasaporte británico. Devueltos por los negros de Kenya, he aquí que afluyen a Gran Bretaña en busca de trabajo. En los primeros meses de 1967 llegan a 10.000. El presidente de la Cámara de los Lores evoca la posibilidad de que lleguen más de dos millones de inmigrantes titulares de pasaporte británico. Y cunde el pánico.

El día 28 de febrero de 1968, una ley de urgencia reglamenta el acceso al territorio para los «ingleses» de Kenya: tan sólo mil quinientos por año. Indios y pakistaníes de Kenya tendrán, de pronto, un régimen aparte: no son ni «británicos» ni «commonwealth». Al mismo tiempo, la ley refuerza el control respecto a otros ciudadanos. Es, pues, cada vez más oficial el hecho de que exista una discriminación en las fronteras.

Pero oficialmente, la Gran Bretaña no es racista. La ley de 1968 insiste en este punto: practicar la segregación por motivos racistas es un acto delictivo. Se establecen organismos que hagan respetar la ley. Concretamente, una «Oficina de relaciones raciales». Las quejas por discriminación racial son sometidas en su totalidad a ella. Esta Oficina investiga, intenta la conciliación, recurre en determinados casos a la justicia. Su presidente es Mark Bonham-Carter, un dinámico diputado laborista. Hombre bondadoso, seco, un clásico inglés, fumador de pipa, corbata malva sobre la clara camisa, tirantes que sujetan su pantalón gris. Me recibió en su despacho, cerca del Támesis. Una esplén-



UN INFORME FAVORABLE

WASHINGTON.—En el preciso momento en que el presidente Nixon enviaba una comisión investigadora a Vietnam y Camboya para informar sobre el progreso de la guerra en aquellas tierras, el presidente Thieu, de Vietnam del Sur, enviaba una comisión a los Estados Unidos para que elaborara un informe sobre lo que ocurre aquí.

La comisión, encabezada por un íntimo amigo de Thieu, el senador Daw Key, acaba de regresar a Saigón para entregar el informe de lo que pasa en Estados Unidos. Por cierto, es muy optimista.

El senador Key dijo: "Han resultado falsas las predicciones sobre una caída del gobierno Nixon. La moral de los obreros de la construcción nunca ha sido, más alta. Ciertos funcionarios aseguran que los estudiantes serán echados de sus refugios universitarios cuando termine la estación lluviosa".

El senador dijo a Thieu que "podía verse una luz al final del túnel y no encontraba razones para que los Estados Unidos no fueran capaces de defender su propio país en los dos próximos años". La comisión afirmó que lo que había visto resultaba alentador, si bien el presidente Nixon debía afrontar numerosas dificultades. "La inflación es uno de los problemas más graves de EE. UU. y puede ser un serio obstáculo para la pacificación de las grandes ciudades".

"Se prevén para el verano apagones eléctricos, lo cual puede acarrear serias consecuencias, ya que la supervivencia de los nativos depende del aire acondicionado. Los intentos para evitar la contaminación del aire y las aguas no han tenido el éxito que se esperaba. El peligro de envenenamiento ha alcanzado cotas inaceptables".

La comisión fijó también que estaba preocupada por el porcentaje de desempleo en las zonas rurales, que ha subido mucho y que está inquietando a los nativos. Agregó:

"Aunque la comisión no vió personalmente al presidente Nixon, realizó una gira por los grandes rotativos y emisoras de televisión que han logrado sobrevivir tras los ataques del vicepresidente Agnew. Se les mostró a los miembros de la comisión un número de editoriales enemigos capturados que prueban que el Primer Establecimiento Armado de la División de Prensa del Este intentaba atacar y derrocar al gobierno de Nixon. Si el vicepresidente Agnew no hubiera lanzado su contraataque —llegaron a decirles— Washington estaría hoy ocupado".

A su llegada al aeropuerto de Saigón, el senador Key dijo a los periodistas que los Estados Unidos necesitaban más tiempo para resolver sus problemas y no debía esperarse que ocurrieran milagrosos cambios de la noche a la mañana.

"Esas gentes necesitan nuestra ayuda y comprensión —dijo el senador—. Han progresado mucho en estos últimos años, pero aún tienen mucho camino que andar. Su progreso está erizado de dificultades: sus trenes no funcionan, sus teléfonos se estropean continuamente, su mercado de valores está bajando, pero esto no es razón suficiente para perder la fe en ellos. Han demostrado que tienen voluntad y capacidad y es nuestro deber no desesperar por los contratiempos que han sufrido en el sistema de correos.

"El norteamericano es como un campesino. Simplemente necesita los viejos conocimientos de los nativos del Sureste asiático".

(Copyright 1970, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

LOS BASTARDOS DEL IMPERIO

didia mujer negra introduce a los visitantes. Bonham-Carter dice:

«¿La evolución del problema planteado por la integración de las gentes de color? Es sumamente difícil juzgar el efecto de la ley sobre el público con sólo dos años de perspectiva. Pero no ha tenido pocos, sobre todo en las empresas mayores. Y en los servicios públicos. Pero es que nos encontramos al comienzo de una historia. El «test» real será posible cuando los hijos de los inmigrantes que han sido completamente educados aquí empiecen a trabajar. Ellos tendrán exactamente los mismos títulos, o la misma falta de título, que los otros. Esto se verá, ciertamente, dentro de cinco u ocho años. Lo que a largo plazo tratamos de evitar es que la pobreza quede asociada al color».

De 1968 a 1969, 1.532 quejas, la mitad por discriminación en el empleo, fueron cursadas por esta Oficina. Pero tan sólo dos procesos tuvieron lugar. Únicamente uno en 1969 y 1970. Oficialmente, pues, la situación es satisfactoria. Pero los hechos están ahí. Concretamente, el «National Council for Civil Liberties», organismo de notable virulencia que ejercita la agitprop, acaba de publicar un extenso documento al respecto. Subraya que la autosatisfacción oficial se halla lejos de tener fundamento, y publica una serie de casos concretos no resueltos, así como de graves aberraciones. Por ejemplo, el señor D..., nacido en Zanzíbar, que vivió en Kenya y en Uganda. Su esposa tiene un pasaporte británico. El, que no es ni británico, ni ciudadano de Zanzíbar, ni de Uganda, desea venir a reunirse con su familia en Gran Bretaña. ¡Pero se le niega la entrada bajo pretexto de que debe ser tanzaniano! Ilegal en el interior, la segregación existe, al menos de facto.

El racismo ha encontrado su campeón: Enoch Powell. Poeta, especialista en el griego arcaico, estaba de profesor de latín y griego, en Australia, al estallar la guerra de 1939. Movilizado en calidad de soldado, llega a general de brigada. Hoy es diputado del partido conservador. Desde 1968, sus discursos son los de

un racista declarado. Concretamente, el del 20 de abril de 1968, en Birmingham. Estigmatiza las desastrosas consecuencias de la inmigración no blanca. Dice que la población de color se va a duplicar, triplicar entre 1968 y 1985, y se vuelve de día en día más apocalíptico.

Pero no es sólo un exaltado que predica en el desierto: forzoso es constatar que tres de cada cuatro británicos aprueban sus declaraciones (encuesta Gallup), y que su clientela se encuentra terriblemente diversificada. Tras cada una de sus declaraciones recibe 65.000 cartas de aliento y ramos de rosas rojas. Mil estibadores van a injuriar al diputado laborista del East End (lugar de fuerte concentración pakistani) y 4.000 hombres se declaran en huelga en el puerto de Londres en señal de apoyo de sus tesis.

Y lo mismo en las fábricas de Birmingham, los «docks» de Londres, los mercados de Smithfield: trabajadores sindicados, obreros, olvidando las consignas de sus dirigentes, se manifiestan en favor de Powell. Detrás de Powell se perfila, asimismo, la sombra del Monday Club: club de extrema derecha, con 1.000 socios, 25 de los cuales están en el Parlamento. Como también la Anglo-Rhodesian Society, la Society for Individual Freedom, organizaciones «no políticas», pero racistas. Y los grupúsculos y los dirigentes fascistas: Colin Jordan, líder del Movimiento nacional-socialista, y el famoso sir Oswald Mosley. En fin, un pequeño grupo de hombres de negocios influyentes.

La inmensa mayoría de los ingleses se mantienen al margen de estos grupos extremistas. Pero pregunte usted al hombre de la calle. Tiene todavía el orgullo de haber sido el primer «descolonizador» de la Historia. Hubiera preferido, con todo, que los «descolonizados» se quedaran en su casa. Os dirá: «No es que seamos racistas, pero, mire usted, toda esta gente de color...».

■ YVON LE VAILLANT.